

Criterios de juicio (2)

¿Por qué la Iglesia. Cuarta Parte, Capítulo II. 2. Santidad (Don Luigi Giussani)

Santidad

El tema del milagro, la señal, o el signo, que sostiene el trabajo humano como algo vivido en tensión hacia la resurrección final, nos introduce en la otra gran categoría de eficacia, o dimensión, que cualquier verificación de la credibilidad de la Iglesia tiene que comprobar: la santidad.

La santidad cristiana está en las antípodas del modo que tienen de concebir la santidad todas las religiones, pues éstas la entienden como una separación de la normalidad cotidiana. En las religiones hay en el fondo una oposición entre lo sagrado -la realidad en cuanto servicio a Dios, separada de lo demás por estar dedicada a Él- y lo profano, es decir, la realidad que no está de modo inmediato a su servicio. En la concepción cristiana, en cambio, no hay nada *pro-fanum*, nada que esté antes o fuera del templo, porque toda la realidad es el gran templo de Dios: nada es profano y todo es «sagrado», porque todo está en función de Cristo.

De modo que la santidad no es una anomalía: no es nada más que la realidad humana que se cumple según el designio que la ha creado.

El santo es el hombre verdadero, un hombre verdadero porque se adhiere a Dios y, por tanto, al ideal para el que está hecho su corazón, del que está constituido su destino. Santo es, en el sentido más exacto de la palabra, el hombre que realiza su personalidad, lo que está llamado a ser, de forma más integral.

La palabra santidad coincide en todo su sentido con la verdadera personalidad. Cuando uno se realiza a sí mismo, cumple aquello para lo que ha sido creado. Por eso, en la concepción de la Iglesia, pecado es aquello que obstaculiza la realización de la personalidad singular del hombre.

La personalidad que camina conscientemente hacia su realización, la personalidad caracterizada por la santidad, está enteramente modelada por su *claridad de conciencia* de la verdad y por su uso de la libertad, esto es, por el *gobierno de sí misma*. La actividad humana se vuelve significativa por entero: cada acto, aun el que aparentemente menos incide, adquiere la nobleza de un gran gesto. Esto sólo es posible si el hombre obra siendo consciente del motivo último de sus actos. Y esto lleva consigo una presencia del hombre ante sí mismo que facilita su colaboración con la Gracia, es decir, que le facilita el dominio de sí, que orienta su libertad de modo que tiende a ser fiel al motivo que impulsa la vida.

«Los santos -dice Adrienne von Speyr- son la demostración de que el cristianismo es posible»¹.

¹ A. von Speyr, *Mística oggettiva*, Jaca Book, Milán 1989, p. 252

El santo, por consiguiente, actualiza la presencia de Cristo en la Iglesia en cada momento, porque en el santo Él determina de manera transparente su obrar. El santo está presente por entero ante sí mismo: es dueño de sus gestos, porque los inserta en la objetividad del plan de Dios; gobierna coherentemente cada uno de sus actos, pues trata de adherirse lo más posible a la realidad última de las cosas.

Una historia emblemática para comprender la realización de la personalidad que se produce al poner en práctica la concepción católica de la santidad es la vida de Hermann el inválido, nacido en Reichenau, que vivió en el siglo XI. En el conmovedor relato de Cyril Martindale se pueden descubrir las huellas de una vida increíblemente rica:

«Nació horriblemente deforme. Le apodaron 'el tullido'. Era tan decrepito y contrahecho que ni siquiera podía tenerse en pie y, mucho menos, caminar. A duras penas podía sentarse en la silla fabricada especialmente para él; sus dedos eran demasiado débiles y deformes para escribir; sus labios y paladar eran tan informes que pronunciaba con dificultad y resultaba complicado comprenderle [...] Además hace 900 años los expertos le declararon también 'deficiente'».

Sus padres le enviaron a vivir a un monasterio, donde a sus treinta años se hará monje y donde, poco a poco, aquella mente que se había considerado anquilosada como su cuerpo demostró ser extraordinariamente capaz de abrirse. Su biógrafo y discípulo Bertoldo comienza *su Vida* asegurando que su mente era tan «dilata» cuanto su cuerpo «contraído»² Y Martindale continúa:

«Pensad que ni por un instante pudo sentirse cómodo o, al menos, libre de sufrimiento. No obstante, los libros de los antiguos cronistas describen su carácter con cualidades positivas[...]`agradable, amable, afable, siempre sonriente, tolerante, jovial' [...] Fruto de estas cualidades fue el amor que todos le profesaron. Y, mientras tanto, este joven valiente [...] aprendió matemáticas, griego, latín, árabe, astronomía y música».

Hermann murió con algo más de cuarenta años, rodeado del afecto de los monjes, después de haber escrito, entre otras cosas, un tratado sobre los astrolabios y un *Chronicon* de la historia del mundo, de haber construido relojes e instrumentos musicales y, según la tradición, de haber dejado el admirable texto de la *Salve Regina* y del *Alma Redemptoris*. Con razón Martindale termina así su relato: «En este pobre hombre deforme de la Edad Media brilla el triunfo de la fe que inspiró el amor y el triunfo del amor siempre fiel a la fe profesada»³. Se le llamó «la maravilla de su tiempo».

¿Cómo puede una existencia en el dolor llegar a ser tan rica y tan amable? La energía para adherirse a la realidad última de las cosas permite utilizar también

2 *Hermann contracti, Vita seu elogium*, en P.L. 143, coll. 25-30

3 Comenta Moeller: «Un cristiano no puede ser un hombre *resignado*; debe ser un hombre que *asuma* el sufrimiento con alegría y caridad. El júbilo pascual reaparece entonces sobre la tierra y el verdadero rostro del hombre se transfigura en y por el sufrimiento: de consecuencia del pecado el dolor se ha convertido en medio de resurrección» (Ch. Moeller, *Sabiduría griega y paradoja cristiana*, op. cit., p. 193)

aquello que nadie alrededor consideraría utilizable: el mal, el dolor, el esfuerzo para poder vivir, la minusvalía física o moral, el aburrimiento e incluso la resistencia ante Dios. Todo puede transformarse, y mostrar admirablemente los efectos de su transformación, si se vive en relación con la verdadera realidad: si «se ofrece a Dios», dice la tradición cristiana.

Poner en las manos de Dios nuestras miserias, sean cuales sean, es lo contrario de la abdicación, de la aceptación mecánica, de la resignación pasiva; es afirmar consciente y enérgicamente el vínculo que tiene nuestra particularidad con lo universal.

Don Gnocchi, que dedicó su vida al sufrimiento de los demás, decía que la felicidad del mundo la produce el dolor humano ofrecido a Dios. Ese ofrecimiento es la clave del sentido del universo.

La santidad, esta señal de la vida divina que se dona a la Iglesia, puede captarse a través de tres rasgos que la caracterizan: el milagro, el equilibrio y la intensidad.